

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

PERSPECTIVA

Misiones, en su concepto más amplio, puede definirse como la “responsabilidad total de los cristianos hacia el mundo dada por Dios” y su objetivo “de darle gloria a Dios haciendo Su voluntad, de acuerdo a lo que dice Su Palabra para alcanzar al mundo para Dios” (Mark Hanna de I.S.I.) Definiéndolo en una forma más específica, misiones es la comunicación trans-cultural del evangelio y el objetivo es un testimonio continuo de Cristo en cada uno de los diferentes grupos étnicos.

La revelación que Dios hace de Sí mismo a través de la creación, la historia, y en persona, fue un proceso progresivo y acumulativo, alcanzando el clímax en la persona de Jesucristo. Esto fue registrado en las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Una parte esencial del cuidadosamente elaborado plan de Dios es el entregar esta revelación a toda la humanidad, a lo largo de las generaciones, hasta el retorno de Cristo. Jesucristo lo dijo en forma muy clara a Sus discípulos: *“Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén”* (Lc. 24:46-47). *“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (Mt. 24:14). Su parte era absolutamente esencial para la salvación de todos. Igualmente esencial es que esta salvación sea proclamada a esos todos. Esta es nuestra parte. Y fue Cristo mismo quien puso nuestro papel a la par que el suyo. Es claro que El nos dio la responsabilidad de comunicar las buenas noticias a todo grupo étnico cuando El de inmediato encargó a sus discípulos *“y vosotros sois testigos de estas cosas”* (Lc. 24:48). Con el mismo aliento El prometió total equipamiento divino para la tarea: *“He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”* (v. 49). Bien sabía El que ni ellos ni nosotros podríamos jamás completar nuestra parte de la tarea por nuestro propio esfuerzo y criterio.

Había otro factor en el que El hizo hincapié después de Su resurrección y antes de Su ascensión, y éste es el papel que tienen las Escrituras testificando acerca de El. *“¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de El decían”* (Lc. 24:25-27). Luego, dentro del contexto en que comisionó a los discípulos, El nuevamente dijo, reiterando ambos por declaración y repetición: *“‘Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.’ Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: ‘Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas’”* (Lc. 24:44-48).

Aquí tenemos los tres elementos indispensables para llevar a cabo nuestra parte de la tarea: las Escrituras como la autoridad del mensaje, el Espíritu Santo quien capacita para la tarea, y los discípulos mismos como los responsables de llevar las buenas noticias. El Espíritu de Dios, la gente de Dios, y la Palabra de Dios todos abocados a hacer conocer a todas las naciones la última revelación de Dios en Jesucristo. Si falta alguno, el ministerio del otro se ve seriamente afectado. Sin el Espíritu la Palabra es letra muerta, y lo mismo la gente. Sin la Palabra, la gente carece de autoridad y el Espíritu se ve sin Su arma preferida. Sin la gente, la Palabra no puede ser entregada y el Espíritu no tiene un portavoz. Tú y yo, así como las Escrituras que llevamos son igualmente cruciales para el completamiento de la obra de Dios Espíritu Santo en este mundo.

En la realización de este vasto programa, se necesita hacer muchas y diferentes cosas. El Espíritu Santo, quien es el cerebro de toda la operación, asigna diferentes responsabilidades al cuerpo de Cristo *“como El quiere”* (1a Co. 12:11). Cuando nos unimos a Wycliffe, nosotros afirmamos creer ser uno de aquellos sobre los que El puso carga y responsabilidad por entregar las Escrituras a quienes aún no las tenían en su propia lengua. Creemos que ésta es precisamente la asignación que Dios nos ha dado, en medio del cuadro total de lo que El está haciendo en el mundo hoy en día, y entre los multitudinarios y variados ministerios que El ha encomendado a Su iglesia. También creemos que El no solo considera esta tarea como importante sino también esencial, y no sólo esencial sino urgente, para ser completada lo más pronto posible.

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

PRINCIPIOS

1. Traducción de la Biblia. Que la iglesia debería dar mayor prioridad a las Escrituras, como elemento esencial en su obra misionera, debería darse por descontado si no fuera por el hecho que históricamente y en el presente, la disponibilidad de las Escrituras ha sido usualmente de segunda importancia para predicar u otros tipos de ministerio verbal.

La función de los documentos escritos, las Escrituras, no está implícito solamente en la Gran Comisión, sino, creo, explícitamente expuesto como parte de esa comisión. En Mateo 28:19-20, para tomar de muestra un pasaje de la gran comisión, Cristo le encomendó a sus discípulos: *“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...”* (Mt. 28:19-20a). Hacer discípulos aquí cubre dos aspectos importantes: en primer lugar, ganarlos para la fe en Jesucristo y hacer alianza con El, siendo el bautismo el símbolo de ésta; y segundo, enseñándoles a obedecer todas Sus órdenes. *“Enseñarles a obedecer todo lo que El manda”* es, en mi opinión, imposible sin las Escrituras.

¿Por qué cuando Cristo dio la instrucción de *“abrir sus mentes para que entiendan las Escrituras”* y cuando les prometió el Espíritu Santo, El dijo que el Espíritu *“no hablará por su propia cuenta”* pero *“El os guiará a toda la verdad”* (Jn. 16:13)? Yo creo que porque las Escrituras en sus vidas y en sus labios, y el trabajo del Espíritu Santo debería ser reconocido como esencial e indispensable para el cumplimiento de la tarea.

Cuando Pablo le escribe a Timoteo, igualmente le hace recordar que las Escrituras no sólo proveen la base para la fe pero también el medio para la enseñanza. *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia (o vivir una vida recta), a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”* (2a Ti. 3:16-17). Lo que aquí escribe Pablo, por inspiración del Espíritu Santo, no es más que una reiteración ampliada de lo que precisamente involucra el mandato de Cristo de *“enseñarles a obedecer todo lo que os mandado”*.

Pero en el plan de Dios, a Pablo se le encargó revelar algunos detalles que no habían sido explícitamente expresados en las Escrituras. Cuando les escribe a los creyentes de Éfeso, les dice: *“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”* (Ef. 3:1-6). Escribiendo sobre el mismo asunto a los Romanos: *“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre”* (Ro. 16:25-27). En estos pasajes Pablo declara varias verdades acerca del propósito de Dios para hacer a los creyentes judíos y gentiles miembros de un sólo cuerpo. Primeramente, esto no fue revelado en el Antiguo Testamento, pero sí a él y a los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento. En segundo lugar, el declara que esta verdad fue manifestada en *“lo que ya he escrito brevemente”* y en términos más amplios, *“por las Escrituras de los profetas”*, es decir, los escritos del Nuevo Testamento, los cuales fueron inspirados por el Espíritu Santo y escritos *“según el mandamiento del Dios eterno”*. Tercero, la razón por la que estas cosas fueron reveladas y escritas fue para dar *“a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe”*. Y eso es lo que precisamente dijo Cristo cuando encomendó la gran comisión. En ese tiempo, Pablo ya veía el Antiguo y Nuevo Testamento como parte integral en la tarea misionera de la iglesia a nivel mundial *“según el mandamiento del Dios eterno”*.

Durante su ministerio en la tierra, Cristo no deja lugar a equivocaciones cuando responde a todo aquel que antepone cualquier otra cosa a las Escrituras. A aquellos que dan prioridad a las tradiciones, El les dijo: *“¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?... así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición... enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”* (Mt. 15:3,6,9). A quienes sostenían que los milagros eran mayor señal les dijo: *“A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. El entonces dijo (el hombre rico en el Hades):”*

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (Lc. 16:29-31). Por supuesto la declaración de Jesucristo fue corroborada por la incredulidad que siguió a la resurrección de Lázaro y la suya propia. A los existencialistas que darían prioridad a lo visual y palpable, sería suficiente con señalar hacia el hecho que cuando los discípulos enfrentaron a Cristo resucitado *“Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados”* Cristo los refirió a las Escrituras como la base segura para creer lo que habían visto, en lugar de sus propias emociones o la experiencia como testigos oculares. (Lc. 24:41,44). Aún más, Cristo hizo de las Escrituras la base fundamental de su propia credibilidad personal: *“porque si creyeseis a Moisés, me creerías a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?”* (Jn. 5:46-47).

A la luz de estas poderosas declaraciones de la Escritura, corroboradas por la historia y nuestra propia experiencia, reafirmemos la prioridad y urgencia de dar la Palabra escrita a todo grupo étnico. Dios dispuso que a través de la predicación de la Palabra (no solo por el acto de predicar, ver 1a Co. 1:21) muchos serían salvos.

2. La lengua materna y la traducción. Así como Dios no repitió su revelación original para cada generación (razón por la que ordenó se escribiese), tampoco El dio una revelación especial a cada grupo de gente distinto o de otra lengua (por lo que debe ser traducida).

Dios hizo del lenguaje su medio más adecuado de comunicación con la raza humana y de los miembros entre sí. Aún la encarnación, sin la explicación que Cristo hizo con sus propias palabras, no era auto-explicativa (Jn. 17:8). *“porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”*. La gravedad del pecado del hombre y el carácter drástico del juicio de Dios puede verse cuando El confundió el lenguaje, fragmentando la humanidad y separándola, excepto a aquellos que habían recibido la revelación del conocimiento de la verdad. Sin embargo, en este caso Dios no abandonó el uso del lenguaje sino que continuó usándolo como Su propio medio de comunicación con la humanidad.

Al ordenar que escribieran lo que El había dicho, estableció el principio que los documentos escritos (aunque no preserven todas las características de la comunicación oral) no son solamente sustitutos adecuados de lo hablado sino necesarios (ya que poseen cualidades que la palabra hablada no tiene).

Dios también estableció el precedente y principio que en un mundo donde se habla diversas lenguas, el lenguaje de comunicación es en la lengua de la gente a la que se le está hablando. Su revelación a gente de habla hebrea fue dada en forma oral, luego escrita en hebreo. Las porciones que eran de especial interés para los arameos fueron escritas en arameo. Cuando Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, El usó el lenguaje de la gente en medio de la cual estaba viviendo. Para el mundo de habla griega, el mensaje de Cristo fue predicado y escrito en griego.

En situaciones en las que una persona entendía más de un lenguaje, Dios estableció el principio de que la lengua materna era preferible para tratar con asuntos más profundos. El Espíritu Santo demostró esto en forma dramática a los discípulos que acababan de ser instruidos a ir por todo el mundo, predicar el evangelio a toda criatura, y hacer discípulos a todas las naciones. Dios, quien anteriormente había confundido la lengua de la raza humana, estaba sin duda alguna consciente de la variedad lingüística que se les presentaba. El sabía que el griego, en la parte oriental del Imperio, era “el lenguaje que se hablaba en las ciudades únicamente” (Brock, “El Fenómeno de la Traducción de la Biblia en la Antigüedad”) e inadecuado para alcanzar a todos aquellos a quienes sus discípulos iban a encontrar en el camino, como Bernabé y Pablo iban a descubrir horrorizados entre la gente de Licaonia y Listra. De manera que en Pentecostés la lengua franca en esa parte del Mediterráneo fue obviada por las lenguas regionales y locales de los hogares de donde provenían.

No mucho después, Jesucristo mismo, hablando desde el cielo a su archienemigo Saulo de Tarso, ignoró el lenguaje de su ciudadanía romana, del cual Saulo estaba tan orgulloso, el lenguaje culto y académico que Saulo hablaba con fluidez, y le habló en el lenguaje de sus años de infancia, el de su crianza en el hogar, el arameo.

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

La importancia e impacto de esto no pasaron desapercibidos para Saulo, quien muchos años más tarde todavía se refería a esto como un factor significativo en los eventos de dicho día, y cuando se enfrentaba a enemigos que querían acabar con su vida, recurría a su lengua materna como una táctica eficaz para ganarse el derecho a ser oído.

Aunque el arameo oriental, dialecto de Galilea, era menospreciado socialmente en Jerusalén, aparentemente Jesús y Sus discípulos lo usaron incluso en sus visitas a Judea, con todo el oprobio que esto ocasionaba del populacho en aquel lugar. Y Cristo consideraba Su dialecto local lo suficientemente apropiado para transmitir verdades espirituales, sin perder la esencia de las mismas, cuando le dijo a Su Padre: *“porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste”* (Jn. 17:8).

Con todas sus imperfecciones, La Septuaginta, traducción del Antiguo Testamento, fue a menudo citada por Cristo como la Palabra de Dios y con autoridad, lo cual debería infundir suficiente ánimo a los traductores de hoy.

Asimismo, es reconfortante saber que aunque los lenguajes cambian y se necesitan revisiones, esto no impide la continuidad del mensaje transmitido *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”* (Mt. 24:35).

Cuando en 1a. Corintios 14 se discute el hablar en lenguas, el apóstol Pablo, entre otras cosas, pone especial énfasis en el papel comunicativo y social del lenguaje. Más importante que lo privado y estático es la relación inter-personal. Inteligibilidad es más importante que rapidez o verborrea. Toda lengua es legítima y efectiva para comunicar. No hay lugar para juicios de carácter etnocéntrico -dos personas que hablan distintos lenguajes son igualmente foráneas la una para la otra. Pablo enfatiza lo fútil que es usar en la congregación un lenguaje que no se entiende, especificando que el que habla tiene la responsabilidad de interpretar o quedarse callado. Una ilustración de lo que Pablo especifica es la sensibilidad y cuidado que el Espíritu puso en los escritores del evangelio cuando, pensando en sus lectores griegos, que no hablaban arameo, ellos añadían a los términos arameos que usaban: *“lo cual interpretado quiere decir”*.

A la luz de tan fuerte respaldo de las propias Escrituras más el testimonio de la historia y nuestra propia experiencia, reafirmemos nuestro compromiso a la máxima inteligibilidad en las traducciones a la lengua materna.

3. La capacidad de leer. Dado que las voces originales de Dios, Cristo, y de los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento nunca fueron grabadas, no es posible volver a oír las. Parte de lo que se dijo, sin embargo, fue plasmado por escrito y eso es con lo que contamos. Esto puede ser leído y expresado verbalmente ya sea en silencio para uno mismo, como en voz alta como era la costumbre en los tiempos bíblicos, en cuyo caso también otros podían escuchar el mensaje. Sin embargo, la mera disponibilidad del registro escrito no garantiza su lectura. Tampoco Dios asumía que sería leído, pero en muchas ocasiones ordenó se leyera dando instrucciones específicas de la forma en que debería ser leído. Nuestra tarea de entregar la Biblia en forma escrita en el lenguaje que la gente entienda, también requiere que quienes la posean puedan leerla y a su vez ser capaces de enseñar a leer a otros.

Dios habló, el hombre oyó y escribió lo que Dios dijo para que la gente de hoy pudiera leer lo que escribieron y volver a hablar a Dios. Dios habla a través de la Palabra escrita de la misma manera en que originalmente lo hizo por la Palabra hablada. Cristo equiparó lo que Moisés escribió con lo que Dios habló (Mr. 7:9,10,13; 12:26). Igualmente equiparó leer lo que escribieron Moisés y los profetas con escucharles hablar (Lc. 16:29,31). Leer no fue nunca considerado en la Escritura como un simple ejercicio oral. Aunque siempre se hacía en forma audible, ya sea a solas o en grupo, la pregunta de Felipe al etíope *“pero ¿entiendes lo que lees?”* (Hch. 8:30) no fue una pregunta impertinente a un hombre culto, sino que apuntaba al punto crítico de lo que se estaba leyendo. La lectura era inútil a menos que fuera acompañada de entendimiento. La narración de la lectura del libro de la ley de Moisés por Esdras a los hijos de Israel ante la puerta de Jerusalén, según lo reporta Nehemías 8:1-8, enfatizó lo siguiente: *“Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender... los levitas hacían entender al pueblo la ley... y leían en el libro de la ley de Dios claramente (o con interpretación), y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura.”* Dos grupos de 13 hombres ayudaban a Esdras con las explicaciones de lo que había sido leído y según era necesario, aparentemente, traducían a otras lenguas ya que los que regresaban del exilio entonces hablaban arameo y no eran competentes en el hebreo de sus padres y de las Escrituras. En el v.12 leemos *“y todo el pueblo se fue a comer y a beber, y a obse-*

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

quiar porciones, y a gozar de grande alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado". Este fue el día inicial de lectura y fue seguido de un segundo día cuando se reunieron "los cabezas de las familias de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, a Esdras el escriba, para entender las palabras de la ley." Leer para entender es un requerimiento divino.

La lectura de las Escrituras coloca a quienes las leen y quienes escuchan bajo la obligación moral de creer y obedecer lo que Dios ha dicho. ¿Cuántas veces Cristo redarguyó a los principales sacerdotes, ancianos y escribas con estas palabras?: "*¿nunca leísteis en las Escrituras?*" (Mt. 21:23,42). Sin duda las habían leído muchas veces, pero ellos mismos no se habían sometido a la verdad que habían leído, ya sea a creerla u obedecerla. Las palabras de Cristo al doctor de la ley, según se relata en Lucas 10:25-28, propulsan esta verdad con un impacto tremendo. "*Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?*" Jesús le respondió: "*¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?*" aquél, respondiendo, dijo: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.*" El no solo leía bien sino que también entendía lo suficiente como para reproducir lo leído, aparentemente, de memoria. Pero para Cristo, leer implicaba más que verbalización de las palabras y mucho más que entendimiento de lo leído, ya que El continúa así: "*Bien has respondido; haz esto, y vivirás.*" En Apocalipsis 1:3, Juan, inspirado por el Espíritu dice: "*bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas*" La habilidad para leer conlleva responsabilidad moral para escoger, discernir, y obedecer lo que es correcto, tanto para el que lee como para el que oye lo leído. No es cosa de juego enseñar a una persona a leer y poner una copia de las Escrituras en sus manos. Y mientras que la ignorancia significa perdición eterna, leer con entendimiento abre la puerta a la vida eterna.

La habilidad para leer da el potencial para un ministerio basado en la Palabra de Dios. Nuestra práctica cultural de enseñar a la gente a leer en silencio, rápida y eficientemente, ha más que cerrado nuestros ojos a esto y resultado en un menoscabo de leer las Escrituras en voz alta en las iglesias. Esto ha resultado en un mayor énfasis en lo que el predicador va a decir acerca de la Palabra de Dios que escuchar la misma Palabra de Dios. En cada contexto en las Escrituras, a menos que lo contrario sea claramente indicado, cuando se habla de lectura se refiere a lectura en voz alta. La publicación "El Reporte Lingüístico" de Octubre 1972, señala que esta práctica continuó hasta los tiempos de Agustín (379 A.D.) quien en una de sus confesiones (Vol. VI) registra su asombro al encontrar a su maestro Ambrosio leyendo en silencio, aparentemente para cuidar su voz que estaba muy debilitada. Pero las Escrituras ponen gran importancia a leerlas en voz alta y su importancia capital para todos los demás ministerios verbales.

Al escribir a Timoteo (1 Ti. 4:12-16), Pablo dijo: "*ninguno tenga en poco tu juventud... ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza... ocúpate en estas cosas, permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos.*" El mismo patrón que se usaba para los servicios en la sinagoga fue llevado a la iglesia cristiana, de tener primero una lectura de la Escritura en voz alta, luego una exhortación en base a lo leído, seguido de un tiempo de preguntas y respuestas enseñando a la gente en las grandes doctrinas de la fe que también se encontraban en la porción leída.

La lectura es la verbalización de la declaración original hecha por Dios, la predicación es una redefinición o paráfrasis en palabras de hombres. Leer la Escritura tiene que ver con el texto de la misma, mientras que las Escrituras consistentemente relacionan la predicación en términos de doctrinas o temas en general. La esencia de la predica expositiva es simplemente leer la Escritura de manera tal que sea entendida. La exhortación es hacia la obediencia e implementación.

La exhortación de Pablo a Timoteo debería ser el desafío de cada creyente que puede leer, no solamente los líderes, aunque ellos llevan la mayor responsabilidad. Timoteo debía prepararse mucho en privado antes de una lectura pública de las Escrituras (esto era especialmente necesario debido a las dificultades de la escritura en griego, que era texto continuo sin división de palabras). El debía mejorar su habilidad en defensa de su propia reputación (este era un lugar donde, a pesar de su juventud, el podía destacar, mientras que la exhortación a cristianos mayores y catequismo doctrinal podría ser más difícil de llevar a cabo debido a su juventud). La lectura de las Escrituras era especialmente importante en vista de las falsas doctrinas que estaban siendo enseñadas e inducían al error. El debía preocuparse de buscar la aprobación de Dios y no la de los hombres mediante una exégesis adecuada del texto de las Escrituras y la aplicación correcta de la Palabra de

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

verdad a los asuntos tratados (2a Ti. 2:15). Con este propósito Dios dio las Escrituras (y la habilidad para leerlas lo hizo responsable) de manera que pudiera estar equipado para toda demanda, especialmente enseñar, redargüir, corregir, e instruir a los creyentes que estaban a su cargo para sus respectivos ministerios. Debido a que todos estos ministerios debían estar basados en las Escrituras, tanto por autoridad como contenido, Timoteo debería dedicarse al estudio privado y lectura pública de las Escrituras ya que esto le aseguraría un ministerio fructífero, así como el bienestar espiritual de su rebaño.

Todo lector, tan pronto lo es, debería ser animado a leer a otros las Escrituras en voz alta, tanto en casa como en cualquier otro sitio. La fe es por el oír, de acuerdo a Romanos 10:17, y yo creo que esto incluye tanto el oír leer las Escrituras en voz alta como la predicación que se basa en ellas y que se ciñe al contexto de las mismas.

No todos pueden aprender a leer y no todos podían leer en los tiempos bíblicos, aunque leer era más general de lo que usualmente damos crédito. No todos poseían una copia de las Escrituras, aunque el potencial de poner una copia en las manos de cada persona que podía leer es mayor ahora que antes que la imprenta fuese inventada. Pero todos deberían tener la oportunidad de escuchar el texto de las Escrituras leídas en el lenguaje que mejor entienden. Basar la fe en la predicación, si bien es bueno, cuando la Escritura es inaccesible a la persona, es basar nuestra seguridad en la integridad del predicador, no en el carácter de Dios como lo expresa en Su Palabra.

Así es que renovemos nuestro compromiso de no solo traducir sino ver que se levante un núcleo de lectores de la Palabra en cada lugar, que puedan leer y también enseñar a leer a otros.

4. El principio de servicio. Este principio no es exclusividad de Wycliffe, sino que está profundamente arraigado en las Escrituras. No es opcional sino obligatorio para el pueblo de Dios.

En el Antiguo Testamento, aquellos que estaban totalmente comprometidos con Dios eran llamados los siervos de Dios. Los hombres que atendieron el mandato divino en forma ejemplar y sobresaliente, fueron a menudo llamados en forma honorífica “siervos”. Refiriéndose a Abraham, Moisés, Josué, David, Daniel, Zorobabel, los profetas e Israel como pueblo suyo, Dios les llamó “mi siervo”. El carácter de siervo de Cristo, el Mesías, es previsto en el Antiguo Testamento cuando Dios lo designa como “*mi siervo, el Renuevo*” (Zac. 3:8).

Cuando Cristo vino, El hizo varias referencias a la esclavitud en sociedad y la de los cristianos como siervos en cadenas de Dios y de El mismo, pero nunca con la connotación despreciativa que este término tenía en el mundo gentil. El describía el servicio cristiano como algo natural que crece del mandamiento del Antiguo Testamento de amar al prójimo, pero haciendo una clara separación con las falsas enseñanzas del judaísmo, que esto era sólo para los amigos, sólo para los que lo merecían, y que era un acto meritorio.

Al venir al mundo, Cristo tomó forma de siervo (Fil. 2:6-7); es decir, El asumió la actitud de siervo pero de hecho jamás sostuvo tal relación con persona alguna. El demostró dicha actitud cuando lavó los pies a Sus discípulos. En el tiempo de Cristo, la humildad no era considerada como virtud sino como algo despreciable. Jesús, por El mismo y por sus discípulos hizo del servicio humilde una forma de vida que honraba a Dios, útil y convincente hacia los hombres. En una breve caracterización de Su propio ministerio, El dijo, “*Porque el Hijo del Hombre* (usando su título más general, sin ninguna pretensión, sin reclamar nada) *no vino para ser servido* (como los señores de la Tierra), *sino para servir* (y aquí El usó una palabra que realza el trabajo hecho, no la relación con quienes son servidos), *y para dar su vida en rescate por muchos*” (refiriéndose a su única y por siempre obra redentora). (Mr. 10:45) Nosotros somos exhortados a que “*haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*” (Fil. 2:5). El mismo dijo: “*Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis*” (Jn. 13:15). El no les dijo que hicieran lo que El había hecho, sino “como” El lo había hecho. No les estaba imponiendo un nuevo rito, sino inculcando una actitud interna, la actitud de servicio humilde, abnegado, amoroso.

Esta actitud de siervo nos debería caracterizar en todas nuestras relaciones: a El como el Señor al que estamos unido por cadenas, pero lleno de gracia y bondad, a nuestros compañeros cristianos y otros, como si fuéramos sus siervos, en actitud no de hecho. El apóstol Pablo, cuya autoridad había sido cuestionada por la iglesia de Corinto, se hizo siervo de ellos

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

por amor de Jesús (2 Co. 4:5-6). El no se “enseñoreó sobre ellos”, sino que se declaró a Sí mismo obligado a servirles incondicionalmente. Cristo ya había dicho lo mismo, que *“el que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo”* (Mt. 23:11). Asimismo, siguiendo el ejemplo de nuestro Padre Celestial, debemos ser imparciales en nuestro amor y servicio, incluso si se trata de enemigos, o de quienes nos persiguen, o nos calumnian (Mt. 5:43-48). De esa forma venceremos al mal con bien (Ro. 12:21). Como siervos del Señor, no debemos estar afanados, sino ser amables con todos, pacientes, corrigiendo a nuestros oponentes con mansedumbre, confiando que Dios puede cambiar sus mentes para conocer y aceptar la verdad (2 Ti. 2:24). Y de la misma manera que los demás, debemos estar sujetos a los gobernantes como instrumentos de Dios para bien de aquellos que están bajo su autoridad. Este principio de servicio es voluntario y como una expresión de amor -como lo dijo Pablo en 1a Co. 9:19: *“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número”*.

¿Podemos reafirmar y restablecer, si acaso hubiera disminuido, nuestra actitud de siervo, a Cristo nuestro Señor, entre nosotros mismos, y hacia todas las personas dondequiera que estén?

5. Nuestra actitud de confianza. Como cristianos, y como miembros de Wycliffe, estamos comprometidos a una vida de fe. Las Escrituras proclaman, de Génesis a Apocalipsis que *“de Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo y los que en él habitan”* (Sal. 24:1). Y El provee para todos, en diferentes formas, ya sea en escasez o en abundancia para enseñarnos valiosas lecciones. *“y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná... para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”* (Dt. 8:2-3).

Wycliffe inició sus actividades durante una gran crisis financiera nacional. ¿Confiamos aún en Su fidelidad ahora que vivimos tiempos de abundancia? Dios provee para todos, pero no necesariamente de la misma manera. A quienes estaban encargados de dar ofrendas les mandó dar al pobre, al extranjero, al huérfano y a las viudas. A los sacerdotes y levitas les ordenó que separaran para ofrendar un décimo de todo lo recibido. Los reyes vivían del ingreso que dejaban los extranjeros y los impuestos a los ciudadanos. Los profetas normalmente llevaban una vida espartana, ministrando a reyes pero independientemente de ellos, dependían de regalos y la hospitalidad de que eran objeto a lo largo del camino. Mendigar era considerado como una señal del juicio de Dios. La pobreza y riqueza compartían un peligro común, negar la fidelidad de Dios (Pr. 30:9).

En el relato del Nuevo Testamento vemos que Cristo y sus discípulos vivieron muy modestamente, hasta podríamos decir pobremente, dependiendo siempre de la generosidad y hospitalidad de amigos. *“Danos el pan nuestro de cada día”* era literalmente la verdadera dependencia que tenían de Dios. Dios proveyó para los primeros creyentes en Jerusalén a través de la riqueza que compartieron con ellos cristianos de posición y viajeros de visita. Aparentemente esto continuó por un corto período de tiempo. Las iglesias de Judea eran conocidas por su pobreza. Ellos recibieron ayuda de iglesias gentiles en los momentos de mayor necesidad, más de una vez, algunas con dinero, otras en Macedonia, comparativamente pobres. Pablo y su grupo viajero vivían de ofrendas, hospitalidad de creyentes, y a veces efectuando algunos trabajos. Pablo podía decir, *“cualquiera que sea mi situación, sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre...”* (Fil. 4:11-12). En la amorosa provisión de Dios a través de los siglos podemos ver que no estamos eximidos de tener altibajos. Algunas veces me pregunto si nuestro concepto de equidad podría no estar siempre sujeto al propósito de la cruz con las enseñanzas que El nos daría.

Pero dentro de Wycliffe, así como vemos en la Biblia, el principio de fe no depende de las finanzas. Fue sucintamente explicado por Habacuc (2:4) *“mas el justo por su fe vivirá”* (o fidelidad). El estaba describiendo un estilo de vida por el cual vivimos confiando en la fidelidad de Dios, lo cual a su vez da una estabilidad y seguridad tal a nuestras vidas que nos mantiene fieles a El. La raíz hebrea aquí empleada y la palabra griega usada al traducir un pasaje del Nuevo Testamento, significan ambas “fe” y “fidelidad”. La fe no está quieta y sin hacer nada, porque la fe y obras, fe y acción, son inseparables. Cuando el pueblo de Israel era perseguido por Egipto y estaba a punto de entrar en pánico, Moisés les dijo:

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

“*No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros*”. Inmediatamente a continuación, Dios le indicó: “*Dí a los hijos de Israel que marchen*” (Ex. 14:13,15). Debemos confiar al mismo tiempo que obedecemos. Nosotros mismos, en estos días, al enfrentar la fiera oposición, hemos tenido que estar quietos y ver a Dios entregarnos la victoria. Pero esto no significa que nos paralicemos, la orden es “que marchen”, seguir adelante y debemos hacerlo en fe.

Permítanme ser más específico. Debemos confiar que Dios nos habilitará a traducir la Biblia, tanto a nosotros como a nuestros hermanos nacionales. De seguro nuestra fe no puede estar en buena, más que buena, o mejor gente. Debemos confiar en que Dios usará Su Palabra para atraer a los hombres a la fe en Cristo. Nosotros, ciertamente, no podemos convertir a nadie. Pero Dios puede, y hemos visto que lo ha hecho, mientras estábamos presentes y cuando estábamos ausentes, a través de Su Palabra. Debemos confiar que Dios edificará Su iglesia en cada comunidad, dando dones a las personas para que puedan suplir para las necesidades espirituales del grupo. Nosotros no podemos escoger ni producir tales líderes que tengan la capacidad para dirigir, predicar, pastorear o escribir himnos. Nuestra política no-eclésiástica nos libra de impedir el obrar de Dios en esta área. Tenemos que confiar que Dios nos ayudará en el trabajo lingüístico. Los más competentes entre nosotros pueden testificar que tuvieron que buscarlo a El para poder hacer el trabajo. Tenemos que confiar que Dios proveerá el personal que necesitamos. Nosotros compartimos la necesidad y oportunidades de servicio, pero el Señor de la viña los trae hacia nosotros. Y quienes El trae no sólo son hombres y mujeres de fe, sino firmemente fieles. Al enfrentar los recientes y traumáticos reveses, ningún miembro ha dejado la organización, hasta donde sabemos. Tenemos que confiar que Dios abrirá nuevas puertas y nos dirigirá en nuevos avances. Nosotros no le decimos a los gobiernos qué hacer, pero Dios puede. Tenemos que confiar que Dios tendrá cuidado de nosotros cuando los gobiernos cambien. El lo ha hecho tantas veces. Tenemos que confiar en Dios cuando seamos atacados. Cuan maravillosamente nos ha liberado siempre. Y tenemos que confiar en Dios cuando El cierra puertas, lo cual muchas veces olvidamos que El dijo que es El, y no Satanás, quien cierra puertas. Tenemos que confiar en Dios para terminar la obra. Y tenemos que confiar en Dios para nuestros compañeros de trabajo, familiares, por cada uno de nosotros y que guíe a nuestros líderes.

Reafirmemos, a una sola voz y unidos en convicción, que momento a momento, y en toda circunstancia, confiaremos en la fidelidad y seguridad de Dios, cuando no podamos hacer nada y cuando pensemos que podemos hacer algo, cuando no podamos ver el camino por venir y cuando pensemos que podemos.

6. Trabajo pionero para completar la tarea. El propósito de Dios siempre ha sido incluir a toda la raza humana. El les reiteró a Abraham, Isaac y Jacob que a través de ellos serían benditas todas las familias de la tierra. Siguiendo esa línea, en Isaías leemos: “*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios y no hay más*” (Is. 45:22). Pero Israel estaba ofuscado con su privilegiada posición, y rehusaba, como Jonás, a realizar su misión. Entre los Testamentos cuando la cultura helenística penetraba el judaísmo fuera de Judea, muchos gentiles fueron atraídos y por muchos motivos se convirtieron en proselitistas. Algunos de ellos, reunidos en Jerusalén el día de Pentecostés, fueron gente clave para la posterior expansión del cristianismo.

Jesucristo, con unas pocas excepciones, restringió su propio ministerio al pueblo de Israel, pero sí se refirió a las “*otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer*” (Jn. 10:16). Luego vino la cinco veces reiterada gran comisión: “*Id por todo el mundo... predicad el evangelio a toda criatura... haced discípulos a todas las naciones... desde Jerusalén, y hasta lo último de la tierra.*” Pero el etnocentrismo judío los tenía estancados --dejen que los gentiles vengán, pero que se conviertan al judaísmo. Por ello el Señor permitió la persecución para esparcirlos desde Jerusalén hasta por lo menos Judea y Samaria. El envió a Felipe al camino de Gaza a evangelizar a un hombre que regresaba a África, a Pedro lo envió a casa de Cornelio. Entonces Dios hizo algo asombroso. Saltándose a todos los discípulos que El había escogido originalmente y a quienes les dio la gran comisión, llamó y encomendó a Saulo “*para llevar Mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel.*” Las otras naciones tenían prioridad, sin embargo no dejó a Israel a un lado. Saulo, tentado a confraternizar por demasiado tiempo con creyentes en Damasco y luego en Jerusalén, se mantuvo en marcha debido a las amenazas que pendían sobre su vida en cada lugar al que iba. Tras ocho años de ministrar en Cilicia y Siria, trabajando desde Tarso, su ciudad natal, Dios le llevó a Antioquía, la que vendría a ser la base misionera hacia los gentiles. De vuelta en Jerusalén, enviado a socorrer a los hermanos que estaban pasando una gran hambre, la cálida recepción que tuvo lo tentó a quedarse pero el Señor se le apareció diciendo: “*Date prisa y sal prontamente de Jerusalén... vé, porque yo te enviaré lejos a los gentiles*”. Dios le había llamado a abrir el camino y no quería que se

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

estableciera en Jerusalén, ni en Tarso, ni siquiera en Antioquía. Tan pronto había llegado a Antioquía, Dios dijo a la iglesia allí: *“apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.”*

En su segundo viaje misionero, Pablo escogió como compañero a Silas, un ciudadano romano, y volvió a visitar los lugares donde había evangelizado durante su primer viaje y luego salió hacia nuevos territorios. El Señor los mantuvo en movimiento, prohibiéndoles que predicaran en la provincia de Asia, a pesar de que la habían cruzado de sureste a noroeste, no permitiéndoles siquiera poner pié en Bitinia, donde también necesitaban el evangelio, los apuró a cruzar Misia sin dejar que se detuvieran a predicar, desviándolos de la populosa Éfeso, hasta que llegaron a Macedonia, la segunda provincia romana más importante al oeste. En Corinto se encontró con Priscila y Aquila, recién llegados de Roma, y lo que escuchó del imperio occidental fue suficiente para prender la llama en su corazón, por lo que en su tercer viaje misionero les escribió a los corintios desde Éfeso para que fueran solucionando sus problemas antes que él llegara, ya que no quería que su estadía allí se dilatará mucho. El no fue llamado a ser pastor sino pionero: *“esperamos que conforme crezca vuestra fe seremos muy engrandecidos entre vosotros, conforme a nuestra regla; y que anunciaremos el evangelio en los lugares más allá de vosotros...”* ¿Qué había más allá de Corinto y Grecia? Italia, Roma y más lejos, España, que de lo que se conocía en esa época equivalía al fin del mundo. Tiempo después escribió a Roma desde Corinto: *“de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico (lo que hoy es Albania y Yugoslavia), todo lo he llenado del evangelio de Cristo (esto es., había completado la tarea pionera de introducir el evangelio)... pero ahora, no teniendo más campo en estas regiones, y deseando desde hace muchos años ir a vosotros, cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, una vez que haya gozado con vosotros.”* Antioquía, Corinto, Roma no eran el final del camino sino bases desde se podría lanzar nuevos avances evangelísticos. De camino a Jerusalén les dijo a los ancianos de la iglesia en Éfeso que su responsabilidad era hacer trabajo pionero y la de ellos pastorear a la congregación. Lo último que sabemos de Pablo es que estaba en una prisión romana, no mirando hacia el este como los judíos miraban hacia Jerusalén, ni ansiando jubilarse en Tarso, pero mirando hacia el oeste, donde el sol no se había levantado aún, es decir un espíritu pionero hasta el final. Escuchen sus palabras: *“Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mi fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen.”*

Es reconfortante considerar, y no superficialmente, el paralelo que existe entre la forma en que Dios ha guiado a Wycliffe, tanto en trabajo pionero como las estrategias para el tiempo actual, y la forma en que El guió a Pablo, Su apóstol pionero a los grupos étnicos cuando comenzó la evangelización:

- a) Pablo fue a lugares culturalmente estratégicos. Wycliffe va a entidades culturales altamente estratégicas -- comunidades identificadas por su lengua.
- b) Pablo reconoció que los judíos y gentiles temerosos de Dios necesitaban el conocimiento pleno de Cristo mediante el evangelio, pero esto no le desvió de su prioridad máxima de ir a aquellos que jamás habían escuchado el evangelio. Wycliffe cree que todas las iglesias deberían tener las Escrituras pero no creemos que eso deba detenernos o desviarnos de nuestra máxima prioridad de proveer la Palabra de Dios a aquellos que no tienen nada y están en absoluta oscuridad.
- c) Pablo consideraba que su trabajo era introducir el mensaje, establecer los fundamentos para que otros pudieran construir sobre ellos. Nosotros creemos que estamos sentando las bases al proveer los documentos para el evangelismo, predicación, crecimiento y discipulado de creyentes locales.
- d) Pablo no consideraba que fuera su llamado trabajar donde otros ya habían sentado una base. Nosotros no traducimos donde hay otras traducciones disponibles.
- e) Pablo no creía ser llamado a un lugar fijo, o un ministerio profético o pastoral, aunque no dejaba de ministrar con la Palabra cuando era necesario. Nuestros miembros no ejercen cargos eclesiásticos en iglesias locales ni ministerios pastorales.

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

- f) Pablo no bautizó iglesias con su nombre ni colocó a ninguna iglesia bajo el control de las que lo enviaban o sostenían. Wycliffe no denomina ni reclama control sobre ninguna iglesia.
- g) Pablo enfatizó la importancia de enseñar a los creyentes con las Escrituras, siendo responsabilidad de ellos el ministerio local y de extensión. Wycliffe enfatiza lo mismo.
- h) Pablo consideraba que su tarea había terminado cuando los lugares habían sido alcanzados. Luego enrumbaba a otro lugar a seguir haciendo trabajo pionero. Nosotros consideramos que hemos completado nuestra tarea cuando las Escrituras están disponibles y se ha enseñado a un núcleo a leerlas y vivirlas. Nuestros miembros son animados a seguir hacia otros campos necesitados, a reiniciar el trabajo pionero.
- i) Pablo tenía un ministerio oral y otro escrito, pero este último se extendió mucho más que el oral, tanto en esa época como hasta hoy. El escribió en forma autógrafa, bajo la guía del Espíritu Santo, no fue llamado a traducir lo que ya estaba escrito. Nosotros somos llamados a traducir, no a escribir libros adicionales a los canónicos. Y lo que traducimos es suficiente para testificar en forma personal y continuar haciéndolo por las generaciones futuras.

Hay principios muy importantes que podemos considerar hoy, tanto de la Biblia como de la historia, si vamos a hacer trabajo pionero hasta completarlo. La historia de la traducción de la Biblia puede dividirse en tres períodos. La primera vio la Biblia traducida a las lenguas del mundo antiguo. A mediados del siglo XV, algunas porciones de la Biblia habían sido traducidas a 33 lenguas. El segundo período comenzó con el Renacimiento y Reforma y se distinguió por la traducción a las principales lenguas europeas. A fines del segundo período, algunas porciones de la Biblia estaban disponibles en 34 lenguas adicionales. El tercer período comenzó con la era moderna de misiones, siguiendo la ola de exploraciones hacia América, Asia y el Pacífico. Durante los primeros 30 años de este tercer período, porciones de la Biblia fueron traducidas a 86 lenguas, lo que representa un número mayor que el total de lo hecho en los 1.800 años precedentes. A 195 años del inicio de este período, alguna porción de la Biblia ha sido traducida a más de 2.000 lenguas, habiéndose completado la mitad de ellas en los últimos 50 años. ¿A qué se atribuye tan apabullante diferencia? Un factor es que durante los primeros 1.800 años, la mayoría de las traducciones fueron hechas por traductores bilingües para iglesias ya existentes entre su propio grupo.

La versión de la Septuaginta, latín antiguo, arameo, arminiana de Mesrop, vulgata de Jerónimo, inglesa de Wycliffe, alemana de Lutero, la italiana, la francesa, la húngara, en castellano de Reina, la finesa de Agrícola, y la sueca de Petri fueron todas traducidas a sus propias lenguas, en la mayoría de los casos muchos años después que tuvieran iglesias. Ulfilas a los Godos, Cyril y Methodius para los eslavos, y Mesrop para los georgianos pueden ser excepciones ya que ellos fueron misioneros enviados a estos grupos, pero aún así ellos fueron a iglesias ya constituidas. En contraste, la gran mayoría de las 2.000 de los últimos 195 años han sido hechas por traductores extranjeros. Muchas de estas traducciones proveyeron el medio de ganar los primeros creyentes y establecer las primeras iglesias. Sólo cuando la traducción de las Escrituras se convirtió en una tarea misionera, la Biblia se esparció por todo el mundo.

¿Estoy criticando que gente bilingüe traduzca para su propia gente? No. Ambos, nacionales y extranjeros son necesarios para que se complete el trabajo. Dios bendice a los creyentes que captan la visión y acometen la tarea. Ayudémosles en lo que nos pidan. Jamás hemos insistido en hacer nosotros toda la traducción, pero dondequiera que encontramos quienes ya habían planeado hacerlo, ya sea creyentes locales o misioneros extranjeros, nos hemos regocijado y seguido nuestro camino hacia donde fuéramos más necesarios. No hay lugar para competencias cuando hay tanto que hacer.

Pero donde hemos encontrado iglesias malnutridas espiritualmente, hambrientas por la Palabra y sin que nadie capte la visión, ¿vamos a dejarlos morir de hambre cuando tenemos pan para compartir con ellos? Podemos garantizar que en tal situación deberíamos entrenar a algunos de ellos a que carguen tanto peso como sea posible, que se apresuren a completar la traducción cuidando de la calidad de la misma, pero para quien está muriendo de hambre, pan de fuera es mejor que no tener pan alguno.

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

Pero los creyentes nacionales que captan la visión y quieren compartir la carga de traducción de la Biblia, no deben quedar satisfechos con simplemente proveerla a los de su misma lengua. Ellos tienen igual responsabilidad por los creyentes en todo el mundo. Deben convertirse en pioneros, traduciendo a lenguas que no son las suyas, tanto dentro como fuera de sus propias fronteras.

No creo que los límites territoriales hayan jamás significado una limitación para obedecer el mandato de Dios de alcanzar a personas de todas las naciones, ni limitar el ministerio de extranjeros a determinado país. No hemos de meternos en la política de otras naciones, ni mezclar nuestra política con la teología. Por otro lado, Dios nos pide sujeción a los gobiernos locales. Por esta misma razón es que debemos orar por los gobernantes, que no obstaculicen la expansión del evangelio sino que lo faciliten manteniendo la ley y el orden, y permitiendo libertad de religión, porque Dios no quiere que nadie perezca sino que todos tengan conocimiento de la verdad. El mismo gobierno que tiene poder para prohibir la entrada a extranjeros o expulsarlos de su país, también tiene poder para reprimir las actividades de sus ciudadanos, o al fallar en hacer cumplir la ley, ocasionan tal caos que la iglesia local ve obstaculizado su ministerio local en forma drástica. Es aquí donde el mandato de orar por los gobernantes (1a Tim. 2) es nuestro recurso.

Al principio, Wycliffe no veía como su responsabilidad traducir la Biblia para iglesias ya establecidas. Solo el grito desesperado de auxilio de iglesias sin la Palabra en su lengua materna, y las invitaciones, o más bien súplicas de ayuda, nos involucraron en este tipo de traducción. Numerosas veces hemos tratado que las iglesias y misiones locales asuman la responsabilidad, pero sin mucho éxito hasta hace poco. Queremos continuar con nuestro trabajo principal, traducir para quienes no tienen nada. Y en este aspecto pionero del trabajo, damos la bienvenida a toda organización, toda mano de obra de cualquier nacionalidad que pueda ayudar a completar la tarea.

Una lección más que nos da la historia. ¿Qué fue lo que encendió la flama en la era moderna de misiones, y que hizo posible lo que se hizo en esos primeros 30 años y que no ha podido ser igualado o duplicado desde entonces? Que el Señor nos ayude a aprender de Carey y Martyn y otros de esa época para aumentar al máximo traducciones simultáneas y consecutivas. Necesitamos hacer una investigación profunda en la vida y métodos de Carey y algo de su perspectiva del mundo y más aún del compromiso total, suyo y de su familia, para ver la tarea realizada.

¿Cuál es entonces la tarea que tenemos por delante? El Etnólogo es la mejor declaración disponible. Ahí se listan las necesidades de traducción por nombre, país, lengua, y afiliación de las 6.721 lenguas vivas del mundo actual. De ese total, más de 3.000 no tienen nada de las Escrituras aún.

Jesús dijo: *“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”* (Jn. 4:34). El completó Su parte. Al reportarse al Padre, Jesús dijo: *“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”* (Jn. 17:4). Dios será totalmente glorificado cuando hayamos completado la tarea que nos encomendó, así es que fijemos nuestra visión de nuevo en completar la tarea, no para la vanagloria de Wycliffe, sino para la gloria y honra de El.

Si no se podía comenzar la tarea antes de ser investido de poder y sabiduría por el Espíritu Santo, ciertamente no podrá terminarse sin El. ¿Hay barreras imposibles de cruzar, o puertas cerradas, o gobiernos que no cooperan? Recordemos que cuando El dio la comisión dijo: *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.”* De tal manera, confiemos en que El se hará cargo de esos asuntos. ***“Por tanto, id y hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”*** Y asumo que el fin del mundo está de alguna forma ligado al completamiento de la tarea que El nos encargó. El está con nosotros, siempre, hasta que se termine el trabajo.

Las citas bíblicas fueron tomadas de la versión Reina-Valera, rev. 1960

Restableciendo las Bases por George M. Cowan

Algunas cifras han sido revisadas para reflejar el status actual (1996)